

EL PODER DE ARRIBA Y EL PODER DE ABAJO. LA VIOLENCIA, LA DIGNIDAD Y EL LEVANTAMIENTO DE OCTUBRE

Bajo el Volcán, año 1, no. 2 digital, mayo-octubre 2020

Inti Cartuche Vacacela¹

Fecha de recepción: 11/02/2020

RESUMEN

En este ensayo se realiza una breve reflexión sobre los acontecimientos referidos al levantamiento de octubre de 2019 en Ecuador. Se presenta un breve contexto de la movilización y se rastrean algunos hechos y sus significados en relación al poder, la plurinacionalidad, y una capacidad política de autodeterminación que emergió durante los días de la movilización, como un poder social que enfrentó y vetó al poder del Estado y los grupos económicos.

Palabras clave: levantamiento indígena, plurinacionalidad, Ecuador, CONAIE

ABSTRACT

In this essay, a brief reflection is made on the events related to the October 2019 uprising in Ecuador. A brief context of the mobilization is presented and they trace some facts and their meanings in relation to power, plurinationality, and a political capacity of self-determination that emerged during the days of mobilization, as a social power that confronted and vetoed the power of the State and economic groups.

Keywords: indigenous uprising, plurinationality, Ecuador, CONAIE

¹ Doctorante en Sociología ICSyH-BUAP.

“¡Comiendo granos del campo soportaremos la tormenta carajo!”
Comunera de Punín, Provincia de Chimborazo,
durante el levantamiento de 2019.

I

Para muchos historiadores el 11 de septiembre de 1973 es el inicio de la aplicación del neoliberalismo a lo largo y ancho de Abya Yala (la América indígena, negra, mestiza y popular). El principio de una violencia en todas las dimensiones de la vida. Chile abrió, de la mano de la dictadura de Pinochet, el camino a una época de despojo del mundo: privatizaciones de los bienes públicos, desmantelamiento de los mínimos derechos alcanzados en los Estados, profundización de la explotación a lxs trabajadorxs, avance del despojo de territorios indígenas, rompimiento de los lazos sociales que tejen a los pueblos por la precarización y la competencia por la sobrevivencia, el cierre final de las reformas agrarias con la consiguiente migración masiva del campo a la ciudad y un largo etcétera de agravios y males impuestos sobre los hombros de los pueblos.

El neoliberalismo no es sólo un paquete económico, es un modo de dominación del capitalismo salvaje que se impone sobre gran parte de la vida humana y la *Pachamama*. Empobrecimiento económico porque la precarización laboral implica cada vez menor nivel de ingresos, y por tanto mayor nivel de explotación, menor posibilidad de tener los medios de existencia necesarios y mínimos para una vida digna.

Pero también, el neoliberalismo es despojo político porque, por un lado, el empobrecimiento económico obliga a competir a los seres humanos salvaje y egoístamente por la supervivencia, quitando o reduciendo la posibilidad del encuentro, de la conversación, de la reflexión y organización colectiva –que es el sustento de la verdadera política de los pueblos–. Además, la realidad misma

de la imposición de las medidas neoliberales –cartas de intención, políticas económicas hechas a espaldas de los pueblos– implica la nula intervención de los pueblos en las decisiones que también les competen porque les afectan en la totalidad de la vida, y por tanto, la anulación de la política de los pueblos.

Es también empobrecimiento de las relaciones sociales –es decir, entre los seres humanos e incluso con la naturaleza– porque sus políticas quieren que las personas centren sus vidas en la competencia, en el emprendimiento capitalista, en la obtención de ganancias, en que cada ser humano ponga sus fuerzas y energías en su propia y precaria existencia, que la vida humana sea el soporte de la valorización del valor.

El neoliberalismo es la violencia universal. La violencia se origina en el neoliberalismo como dominación de los pueblos y la naturaleza. La violencia viene de los grupos de poder que dominan el mundo (el 1% de ricos del mundo acumula el 82% de la riqueza) (OXFAM, 2018).

II

La dominación, por más que pretenda silenciar a los pueblos –en la paz de los cementerios, en la paz de los centros comerciales, en la paz social– siempre se encontrará con el grito, la lucha, el “ya basta”, con la resistencia cotidiana y extraordinaria que los pueblos, desde sus comunidades, barrios populares, campos y márgenes de las ciudades, alzarán con dignidad, rabia y esperanza. Así ha sido la historia de los pueblos del mundo: resistencias, huelgas, insurrecciones, revoluciones, levantamientos.

La violencia del neoliberalismo impuesta por los gobiernos, y los grupos de poder no pueden esperar que los pueblos –dignos y rebeldes, como muestran sus múltiples luchas a lo largo de la historia– acepten en silencio ser empujados una vez más al abismo del empobrecimiento y la precariedad de la vida que supone el neoliberalismo.

Los pueblos y la naturaleza misma se rebelan, desde el “No más”. Se reúnen, conversan sus dolores y los agravios que soportan sus cuerpos y el cuerpo de la *Pachamama*, reflexionan, se organizan, sueñan y deciden levantarse una vez más contra el despojo universal.

Bolívar Echeverría decía que uno de los rasgos fundamentales del ser humano en sociedad es su capacidad de definir, transformar o reconfigurar la legalidad de la convivencia social, los asuntos de la vida en sociedad, sus proyectos de sociedad. Esa “capacidad de forma” se pone en juego en situaciones límite de la vida social, la (re)fundación de la sociedad, en la guerra como comunidad en peligro, o en las revoluciones cuando se trastocan las relaciones de mando-obediencia (Echeverría, 2011).² Los levantamientos y la movilización social y popular son momentos en que, si no se trastoca toda la estructura de la sociedad, sí se pone en suspenso el poder de mando social —expropiado por los grupos de poder y en el Estado—, y hace emerger a la vez un poder social o una capacidad política de autodeterminación.

René Zavaleta (2015) sugería a las crisis, es decir, a los momentos de peligro del orden social dominante, como los espacios-tiempos más propicios para la ampliación del conocimiento social, porque implican fracturas y quiebres, no solo de las relaciones de poder político concreto, sino también de las relaciones de dominación ideológicas, de representación de la vida social. Las crisis, los momentos de peligro, permiten ver, entonces, no solamente

² Bolívar Echeverría define lo político como: “la capacidad de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad, de fundar y alterar la legalidad que rige la convivencia humana, de tener la socialidad de la vida humana como una sustancia a la que se le puede dar forma. Lo político, la dimensión característica de la vida humana, se actualiza de manera privilegiada cuando ésta debe reafirmarse en su propia esencia, allí donde entra en una situación límite: en los momentos extraordinarios o de fundación y re-fundación por los que atraviesa la sociedad; en las épocas de guerra, cuando la comunidad ‘está e peligro’, o de revolución, cuando la comunidad se reencontra a sí misma” (1998: 77-78).

las relaciones constitutivas de dominación de una sociedad, sino también las grietas, fisuras o fallas de la ideología dominante y sus instituciones, de las estructuras de poder.

Los momentos de peligro, en donde se re actualiza lo político del ser humano en sociedad, permiten muchas veces descubrir un poder propio, un “darse cuenta” social de la capacidad política propia enajenada por el Estado como democracia liberal o por las élites económicas como un poder social sustentado en la explotación. Los momentos de peligro posibilitan la re-apropiación del poder-hacer social y al hacerlo permiten modificar las relaciones de mando-obediencia, la suspensión de la dominación, así sea por un instante.

Walter Benjamin (1942 [2012]), en sus *Tesis sobre la Historia*, decía que el historiador materialista debe acercarse al pasado no como realmente fue, sino sobre todo como éste se ilumina en un instante de peligro. Los levantamientos y las luchas sociales, en sus momentos más álgidos, son relámpagos que permiten ver las relaciones ocultas de dominación que conforman una sociedad en un tiempo y espacio geográfico concreto. Dominación que en la vida cotidiana queda normalizada por su propio peso e inercia, pero que en los momentos de peligro para el orden social –pero de claridad para los pueblos por la luz del relámpago de la lucha– se torna visible y, por tanto, cognoscible, cuestionable y combatible. Si, como decía el filósofo judío alemán, las revoluciones son el freno de emergencia de la locomotora enloquecida del capitalismo, los momentos de peligro permiten ver dónde está dicho dispositivo de suspensión que hace saltar el *continuum* histórico social: en el poder-hacer social que se construye en la vida cotidiana y en la memoria larga y corta de las luchas de los pueblos, en sus comunidades y organizaciones.

III

A principios de 2019, el gobierno de Moreno, aliado con las elites empresariales, declaraba la decisión de firmar una carta de inten-

ción con el FMI (ver *El Comercio*, 22/03/2019) –a la manera de los viejos tiempos de la época neoliberal de los 90s–. El argumento de tal decisión fue que la economía del país estaba en malas condiciones, producto del mal manejo económico y la corrupción de su antecesor. Algunos analistas económicos, sin embargo, han señalado que dicha afirmación no tenía sustento real, y que se trataba más bien de generar una “crisis” que justificara la decisión de llegar a acuerdos con el FMI.

El gobierno de Moreno emitió entonces un paquete de medidas económicas que incluyeron eliminación de subsidios y liberación de precios a gasolinas y un paquete de reformas laborales contrarias a los trabajadores, en concordancia con las exigencias del FMI. Moreno, candidato por el correísmo en 2017, fue progresivamente aliándose con la clase empresarial del país y acogiendo políticas nítidamente neoliberales, avizoradas ya en el gobierno de Correa (privatizaciones bajo la figura de alianza público privada, flexibilización laboral), que, sin embargo, han adquirido en este régimen una claridad innegable: continuación del extractivismo en territorios indígenas y campesinos, despidos de trabajadores y política anti derechos laborales, intención de privatizaciones de empresas públicas.

En la memoria colectiva de los pueblos quedan los levantamientos de los 90s, que se convirtieron en los muros contra los que chocó el neoliberalismo del siglo XX. Memoria que se hizo presente cuando los despojadores y dominadores nacionales desearon una vez más acoger las decisiones del FMI. La memoria de lo que significa el neoliberalismo para la vida de las personas y la *Pachamama* se juntó con las condiciones económicas cada vez más precarias para los pueblos, y la experiencia cotidiana de la amenaza del extractivismo minero y petrolero, del extractivismo de los salarios amenazados, del extractivismo de la política que queda como privilegio de unos cuantos grupos violentos que se han juntado en torno al gobierno de Moreno. Frente al extractivismo de las esperanzas de los pueblos, éste reacciona con la ira organizada. El levantamiento aparece en el horizonte.

IV

En septiembre de 2019, en la ciudad de Guaranda, en el centro del país, varias organizaciones y comunidades campesinas e indígenas realizaron una movilización en contra de la minería en los territorios de la ceja de montaña hacia la costa (ver *El Comercio*, 25/09/2019). El problema del extractivismo minero, iniciado ya desde 2009 en el gobierno de Correa, ha amenazado varias regiones del país, y justamente en los territorios de comunidades, fuentes de agua, bosques, cuestión que con el Presidente Moreno no ha cesado. Unos meses atrás, un ministro decía: “la minería va porque va”, indicando la clara decisión del gobierno de continuar la política de su antecesor.

Unos días antes, en la provincia norteña de Carchi, se llevó a cabo una movilización promovida por las autoridades municipales demandando atención del gobierno central. Pronto las protestas en las calles de la capital de esa provincia se desbordaron y empezaron a manifestar su descontento con el gobierno más allá de la convocatoria de las autoridades municipales y provinciales. A pesar de que el gobierno logró llegar a acuerdos con las autoridades locales y se desactivó el paro provincial, se podía vislumbrar el enojo de la gente con el gobierno.

Así las cosas, las organizaciones populares e indígenas como FUT (Frente Unitario de Trabajadores), Conaie (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador), organizaciones de mujeres, estudiantes, decidieron convocar a un Paro Nacional para los primeros días de octubre, como respuesta a la intención del gobierno de quitar el subsidio a los combustibles con el Decreto 883, y en general contra toda la política neoliberal de Moreno y los empresarios.

El Paro fue iniciado por el bloqueo de los transportistas – también afectados porque el retiro del subsidio a los combustibles implicaría la inmediata subida de los precios– en las principales ciudades del país. Los altos dirigentes nacionales de los

gremios del transporte negociaron con el gobierno para subir los costos del transporte, es decir, pasar el peso de la medida a los hombros de la población. A pesar de que se produjo ese acuerdo, muchos transportistas de base se opusieron y continuaron la movilización y apoyaron el Paro Nacional de las organizaciones.

En los días siguientes las organizaciones indígenas y de trabajadores empezaron los cierres de carreteras y las protestas callejeras. En esos días, desde los páramos de Guamate –Provincia de Chimborazo, una multitudinaria asamblea comunal– llamó a un levantamiento indígena que casi literalmente “incendió la pradera” del Ecuador. El Paro Nacional, inicialmente convocado por la Conaie y el FUT fue empujado desde las bases indígenas a un levantamiento generalizado. Así, las carreteras fueron cerradas, se tomaron ciudades y gobernaciones en varias provincias, pozos petroleros en la Amazonía, marchas, protestas, diciendo “No al decreto 883”, “Ni Moreno, Ni Correa”, “Solo el pueblo salva al pueblo”.

El llamado a levantamiento indígena desde el centro del Ecuador se convirtió en levantamiento indígena y popular, de todos los empobrecidos, de los del páramo y la selva, de los barrios populares, de los estudiantes, de los médicos solidarios, de la gente que sostuvo la lucha en los parques, en las universidades cocinando, curando, sanando los cuerpos y los espíritus de los levantados heridos por la represión. En suma, un levantamiento general, no visto hace mucho tiempo ya. De hecho, en los últimos días de la movilización ésta empezó a tomar fuerza también en las ciudades, sobre todo a partir de la emisión gubernamental de un toque de queda en Quito, que fue respondido por la gente con un extendido cacerolazo de protesta. Evocó –para las nuevas generaciones de hombres y mujeres del campo y la ciudad– al ya mítico levantamiento del 90. Por eso algunos dieron en llamar a esta lucha como el 2do levantamiento.

Una vez más, desafiando a aquellos que pensaban que el movimiento indígena ya no tenía fuerza y no podría levantar una movilización, éste volvió a situarse en el centro que articula y empuja al conjunto del campo popular ecuatoriano, y a abrir posibilidades de alianzas organizativas y programáticas, luego de años de repre-

sión por el progresismo, del cual el gobierno de Moreno también es heredero.

Obviamente, no se puede decir que el movimiento indígena es el mismo, han cambiado muchas cosas: la composición de las gentes que lucharon en esos días eran jóvenes en su mayoría, jóvenes comunarios, pero también jóvenes indígenas que ya viven en las ciudades desde hace años, pequeños comerciantes, estudiantes, profesionales, trabajadores indígenas. Pero también, a pesar de los cambios que se han dado, primero por el neoliberalismo del siglo XX y luego por el progresismo, las estructuras organizativas del movimiento indígena (Conaie, bases de FENOCIN y FEINE) parecen haber sobrevivido –aunque no sin cambios– a las embestidas del mercado y del Estado. Las comunidades y la política comunitarian parece mantenerse vivas aún, y se alimentan ahora de las posibilidades organizativas y políticas que se han abierto en las ciudades por la migración indígena.

Fue notorio que fueron las comunidades de base de esas tres organizaciones las que empujaron a las dirigencias hacia la radicalización del paro nacional llevándolo a un levantamiento generalizado, dejando de lado divisiones organizativas y políticas, más de las alturas organizativas que de la vida real de las comunidades y organizaciones de base. Así, se pudo ver nuevamente que cuando las bases del movimiento indígena deciden unificarse y luchar juntos, desde la experiencia cotidiana de la dominación y la amenaza del neoliberalismo y del extractivismo, la lucha se vuelve más potente, se amplifica y alcanza mejores condiciones de poner en riesgo el poder.

Un caso llamativo de este levantamiento fue Guayaquil, en donde, desafiando los llamamientos racistas de los que se creen dueños de esa ciudad, los migrantes indígenas y sus descendientes ya de décadas en Guayaquil, realizaron una masiva marcha por el centro de la ciudad al grito “Guayaquil carajo, vive por los indígenas”, reclamando respeto hacia la población indígena, y contra la política del gobierno neoliberal. Esa ciudad se ha caracterizado por su relativa pasividad política en cuanto a movilización de organizaciones populares, peor indígenas. Esta vez, las marchas de los indígenas

evangélicos significan una novedad porque se alzaron como uno de los centros de mayor poder económico del país, en la ciudad fortín de la derecha más racista, clasista y regionalista. Y además, en el momento en que el presidente Moreno, huyendo de la potencia de la movilización en la capital del Ecuador, se refugió en los brazos de oligarquía guayaquileña. Los indígenas evangélicos y otras organizaciones indígenas y populares le recordaron al poder que no hay lugar donde sea posible esconderse de los agravios que con el paquete de medidas querían y continúan queriendo imponer por la fuerza.

Al final, todo el país paralizado, la lucha de los pueblos puso en jaque al “gobierno de los empresarios y del FMI”, como dijo un dirigente amazónico en los días de ardua lucha alrededor de la Casa de la Cultura. El gobierno huyó a Guayaquil, decretó estado de emergencia nacional, luego regresó a Quito a encerrarse en un cuartel en Sangolquí, y, como el levantamiento ya generalizado no daba su brazo a torcer, decretó toque de queda en la ciudad de Quito. Al gobierno, ya cercado políticamente, no le quedó más que recurrir a la violencia de la represión de las fuerzas armadas del Estado, como para recordarnos que el neoliberalismo es violencia en sí misma, una violencia que se sostuvo también en la violencia con que los medios de comunicación ligados al poder, primero quisieron negar la realidad del levantamiento social, y después, cuando ya no se podía sostener el muro de la falsedad, iniciaron a tergiversar y producir falsas realidades para contrarrestar a un pueblo indignado y herido por la violencia universal del neoliberalismo y sus gobiernos de turno.

El domingo 13 de octubre, por la noche, finalmente el levantamiento indígena y popular sentó al gobierno de los empresarios y del FMI en la mesa, no para negociar, sino –como dijo uno de los dirigentes del movimiento indígena– para entregar un mandato del pueblo al gobierno: la derogación del decreto 883, transmitida por cadena nacional a todo el país. El gobierno, tras un intento de engañar a los pueblos, finalmente puso fin al odiado decreto. El levantamiento de los pueblos logró detener la arremetida del gobierno neoliberal.

Esto fue una victoria, sin duda, pero apenas iniciaba la lucha, pues el gobierno y todo el bloque de la derecha de este país no se han quedado con los brazos cruzados, se han unificado en un bloque visible. La venganza de los que pretenden ser los dueños absolutos del mundo y de este país se ha puesto en camino: judicialización de los dirigentes, deslegitimación de la lucha, fortalecimiento del aparato represivo del Estado bajo la supuesta amenaza de subversión con la que quieren legitimar aún más la violencia.

El levantamiento indígena y popular ha abierto de todas formas una brecha en el poder, ha sacudido el país, ha "levantado" literalmente por los aires el silencio impuesto a la sociedad, y ha hecho emerger esperanzas y odios milenarios. Esperanzas, un poco olvidadas en la década del progresismo que —más allá de los cambios en el ámbito de la institucionalidad, de ciertos derechos sociales alcanzados no por la voluntad del gobierno sino por la lucha misma de los pueblos que lo posibilitaron, en fin, por una década de cambio político, económico y social— parecen haberse encendido en la actualidad del levantamiento. El progresismo correista, sin duda, promovió una desmovilización generalizada de la sociedad, y la represión particular de las organizaciones indígenas y sindicales que mantuvieron la lucha principalmente contra el extractivismo progresista y los inicios de la flexibilización laboral.

Frente a eso, el levantamiento abre las puertas para una nueva ola de politización de la sociedad y de movilización contra un enemigo común, que son el neoliberalismo y los gobiernos y Estados sumisos. El levantamiento fue como un relámpago que, alumbrando la noche, dejó ver claramente el antagonismo social: por un lado, formando un bloque de poder desde arriba, el gobierno, los empresarios, los medios de comunicación, el FMI, la ONU, las clases medias altas racistas y coloniales; y, por otro lado, el poder desde abajo, el movimiento indígena, los estudiantes populares, la sociedad solidaria y digna de las ciudades. Los momentos de lucha posibilitan ver más allá de las apariencias. La lucha alumbró la conciencia social, y ésta refuerza la lucha.

V

En el subterráneo del levantamiento no estaba solo el paquetazo, el decreto 883, o derrocar a Moreno de la presidencia –vale decir, los pueblos han aprendido algo de la historia, y esta vez supieron que botar a un Presidente no solucionaría nada–. El relámpago del levantamiento dejó ver que en el horizonte estaba la dignidad de la gente, de los pueblos, de “la gente que trabaja”, de los del páramo y la selva, que sacaron a relucir sus esperanzas y sueños una vez más.

Frente a la violencia neoliberal, al despojo universal, el empobrecimiento económico, pero también el despojo político, una comunera de Punín, Provincia de Chimborazo, en los días del levantamiento dijo: “Todos tenemos derecho a decir algo”³ para hacer saber al mundo que el gobierno de los empresarios y del FMI no pueden imponer su voluntad negando la palabra y la vida de los pueblos. En el fondo, lo que reivindicó con su decir aquella digna comunera del páramo es la capacidad política de los pueblos para decidir sobre sí mismos, sobre sus vidas. Capacidad política autónoma, limitada y perseguida en los casi diez años de la Revolución Ciudadana, y que el neoliberalismo renovado quiere despojar violentamente.

El levantamiento de octubre fue el levantamiento de la capacidad política autónoma de los pueblos. No solamente se trataba de decir que no quieren FMI, sino también de recordar a los gobernantes de turno quiénes son y dónde están en realidad los fundamentos del poder, de un poder para la vida, y no para la muerte. Un dirigente del movimiento indígena de Cotopaxi decía en la Casa de la Cultura: “Más de cuarenta años de democracia y el Estado no ha encontrado forma de administrar para el pueblo. Hemos puesto para que gobierne para el pueblo, no que gobierne para el FMI”,

³ Todas las referencias de lo que se dijo y se hizo durante los días del levantamiento que se usan en este texto se basan en el seguimiento y registro de los hechos que algunas personas y medios comunitarios participantes en el levantamiento transmitían por redes sociales en esos días.

recordando que la soberanía debe estar en la gente, en los pueblos, en la sociedad y no en el gobierno de turno ni en el Estado, que una democracia limitada a la institucionalidad estatal es también violencia política porque implica quitar a los pueblos y a la sociedad en general su capacidad de definir sus destinos.

El levantamiento significó una apropiación o recuperación de la capacidad política de la sociedad, adormecida y amenazada por el correísmo y ahora por el neoliberalismo y el Estado. Recuperación que se evidenció –acaso no de forma abierta y sostenida, pero sí como relámpago que fue– en las tomas de las gobernaciones provinciales en Riobamba, Guaranda y Azoguez. “En Guaranda no tenemos gobernador –decían los levantados– ahí están los compañeros en su lugar”. En efecto, una vez tomados esos espacios institucionales, se establecieron asambleas plurinacionales y populares que conversaron, reflexionaron, propusieron caminos, y en la práctica –así fuera por un instante– recuperaron para sí mismos su capacidad de autogobierno.

En otros lugares, como Imbabura (Ver El Universo, 5/10/2019), frente a la brutal represión militar en las comunidades, éstas declararon el estado de excepción en sus territorios y retuvieron militares. Posteriormente, otras comunidades y la misma Conaie enviaron un comunicado haciéndose eco de esa decisión.⁴ En el fondo, estaban ejerciendo un poder desde abajo, un poder comunal y territorial, un poder que, a diferencia del poder estatal y empresarial contenido en la declaratoria de estado de emergencia y toque de queda, fue un poder para la vida, un poder social que buscaba proteger un mínimo de garantías para la seguridad de las comunidades frente al poder de muerte que el Estado y su aparato represivo puso en marcha. Una vez más, los pueblos, recordando

⁴ El comunicado de la Conaie respecto al estado de excepción propio puede leerse en Metro Ecuador, 06/10/2019. Este comunicado fue acogido por algunas organizaciones provinciales como la FECAB-BRUNARI de la provincia de Bolívar, y Pueblo KituKara, entre otros.

sus propias capacidades políticas, ejercieron y recuperaron para sí lo que el Estado ha despojado siempre, y lo sigue haciendo bajo la ficción de la democracia liberal: el poder social tejido en la memoria, en la práctica cotidiana de hombres y mujeres de las comunidades y las organizaciones de base.

Esa recuperación de la capacidad política autónoma de las organizaciones sociales se mostró también en una de las consignas del levantamiento: “Ni Correa, ni Moreno, solo el pueblo salva al pueblo”, que indicaba la clara posición de la movilización respecto de los grupos correistas que intentaban capitalizar la protesta para sus intereses particulares. El levantamiento de octubre de 2019 logró abrir una grieta en la política binarista de la Revolución Ciudadana, que oponía a su gobierno y a la derecha del país, dentro de la cual las organizaciones del campo popular ecuatoriano quedaron atrapadas y con poca posibilidad de acción política autónoma. La modificación radical de ese binarismo “progresismo o derecha” muestra que la decisión de las organizaciones de mantener la movilización en la década correista, a pesar de la represión y exclusión y a contra corriente de otros sectores sociales, fue acertada para resguardar un mínimo de poder social y organización para hacer frente al nuevo neoliberalismo en marcha.

La mesa de negociación del domingo 13 de octubre puso frente a frente esas dos lógicas de poder. Por un lado, el tildado por el pueblo como “gobierno de los empresarios y del FMI”, la institucionalidad, sus ministros, sus aparatos represivos, en suma, el poder del Estado, apropiado por las ficciones y limitaciones de la democracia del voto y manejado ocultamente por los verdaderos dueños de ese poder que son las oligarquías y grupos empresariales: un poder que, alejado de la sociedad, pretende mandar y gobernar para los fines del neoliberalismo y de los ricos del mundo. La lógica de este poder es la negación de la gente, de los pueblos, de sus capacidades políticas. Es la lógica de la exclusión, de la imposición, del supuesto y abstracto “bien general de la nación”, del engaño, del ocultamiento y la distorsión de la realidad. Es la lógica de la violencia.

Y, por otro lado, frente a ese poder, la dignidad humana, la ira organizada, la lucha encarnada en personas, hombres y mujeres del páramo y de la selva, de los sectores populares, de la “gente que trabaja” y vive de su trabajo. Los dirigentes sabían que no son más que mandatarios de un poder colectivo, del poder que está en las comunidades, en las organizaciones, en la gente levantada, “el poder está abajo, lo otro es ilusión” decía un dirigente. Ese poder que es gobierno, “el gobierno de los pueblos y nacionalidades”, decían. Ese poder y su gobierno, el poder de la dignidad, se sentó y encaró al poder de la violencia organizada. Y el presidente de la Conaie dijo “Yo también tengo un pueblo atrás mío que me presiona y que me está preguntando qué están negociando... hablo a nombre de las nacionalidades y pueblos, y venimos a cumplir y entregar un mandato de nuestro pueblo”.

Gobierno de los pueblos frente al gobierno de los empresarios y el FMI. Dos lógicas contrapuestas, la lógica del poder, de la democracia liberal, del Estado neoliberal, del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado, frente a la lógica del poder de la democracia comunal, popular, de la democracia de a de veras, de la dignidad y la esperanza.

El levantamiento —aunque no se haya dicho explícitamente— también fue por el Estado plurinacional, si entendemos a éste como el movimiento que devuelve el poder a las comunidades, a la sociedad organizada, que limita el poder del Estado colonial de las elites empresariales gobernantes, y posibilita que la sociedad en su diversidad de formas políticas y organizativas ejerza para sí el poder que se teje en ella misma. La declaratoria de estado de excepción para el aparato represivo estatal que ordenaron algunas comunidades, se sustentó en la plurinacionalidad del Estado —carácter siempre negado por el poder político y económico del país—,⁵ en la asunción

⁵ El ministro de defensa en los días del levantamiento, por ejemplo, decía que sólo existe un país, un aparato militar y un solo territorio, contraponiendo esto al concepto de plurinacionalidad con la que las organizaciones indígenas y las comunidades sustentaban su defensa ante la judicialización de la protesta impulsada por el Estado. Ver cadena nacional del 6 de octubre de 2019, Secretaría General de Comunicación

desde abajo de las dimensiones más políticas y democratizantes⁶ del proyecto indígena para la sociedad.

Se puso al día la vigencia de la lucha por una plurinacionalidad efectiva y concreta –el movimiento que devuelve a la sociedad ciertos niveles de poder como autodeterminación– que, a pesar de haber sido recogida en la Constitución de 2008, es negada por el Estado y sus gobiernos. De hecho, una de las dimensiones del levantamiento también tuvo que ver con el problema minero en territorios indígenas y campesinos y la defensa del agua, como la movilización en Guaranda una semana antes del inicio del levantamiento, o las movilizaciones en la Provincia del Azuay que lograron en una consulta decir no a un proyecto mega minero en fuentes de agua (ver *El Mercurio*, 25/03/2019). En estas luchas se ha colocado por varias ocasiones la exigencia del cumplimiento de la consulta previa y vinculante a las comunidades garantizada en la Constitución de 2008, que todos los proyectos extractivos mineros deben realizar antes de sus actividades. La concreción de dichas consultas son mecanismos efectivos de protección de las prerrogativas de las comunidades sobre sus territorios y recursos, e implican a la larga una asunción de un nivel de poder de decisión frente al Estado y al capital.

Pero, también la puesta en marcha de una plurinacionalidad desde abajo vuelve a colocar la lucha del movimiento indígena más allá y en contra del multiculturalismo, que ha querido entender y asignarla al lugar del mero reconocimiento cultural, dejando de lado lo que al final es su centro: la lucha por desbordar o al menos sujetar el poder estatal, y a la vez recuperar para los pueblos un

del Ecuador en línea: https://www.facebook.com/ComunicacionEcuador/videos/391618175065088/?notif_id=1570414024929045¬if_t=live_video_explicit

⁶ En el sentido que le da René Zavaleta a un tipo de democracia como autodeterminación de las masas: “la capacidad actual de dar contenido político a lo que haya de democratización social y de poner en movimiento el espacio que concede la democracia representativa” (Zavaleta, 2015: 243).

poder social que permita mínimamente autodeterminar la forma de convivencia social y con la naturaleza.

En el fondo, el fantasma que aterra a los dominadores es que los dominados se den cuenta de su propio poder y lo ejerzan para sí mismos. En el fondo, lo que les atemoriza, y por eso llaman a la violencia estatal explícita –como en los días del levantamiento– y encubierta en los días que corren después –con los llamados a reforzar los aparatos represivos estatales bajo el pretexto de combatir la subversión y proteger la “paz social”–, es que la sociedad ejerza una democracia verdadera, que los pueblos conversen, se reúnan, reflexionen juntos, sueñen y caminen para –como expresó un manifestante en el parque Arbolito en los días del levantamiento– “hacer nuestra propia libertad”.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, Walter (2012). *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Echeverría, Bolívar (2011). “Lo político en la política”. En: *Discurso crítico y modernidad. Ensayos escogidos* (pp. 137-148). Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- El Comercio (22/03/2019). “Carta de intención con FMI tiene seis pilares”. En línea: <https://www.elcomercio.com/actualidad/carta-intencion-fmi-credito-ecuador.html>
- El Comercio (25/09/2019). “Indígenas y campesinos se movilizan por las calles de Guaranda en contra de la minería”, en línea: <https://www.elcomercio.com/actualidad/indigenas-campesinos-movilizacion-mineria-guaranda.html>.
- El Mercurio (25/03/2019). “Giron dijo No a la minería”. En línea: <https://www2.elmercurio.com.ec/2019/03/25/giron-rechaza-la-mineria/>
- El Universo (5/10/2019). “Conaie advierte con justicia indígena a militares y policías en su territorio”. En línea: <https://www.eluniverso.com/noticias/2019/10/05/nota/7548796/conaie-advierte-justicia-indigena-militares-policias-su-territorio, y otros similares>.

- Metro Ecuador (06/10/2019). En línea: <https://www.metroecuador.com.ec/ec/noticias/2019/10/06/significa-estado-excepcion-declarado-la-conaie.html>
- OXFAM (2018). En línea: <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la-riqueza-generada-el-ano>
- Secretaría General de Comunicación del Ecuador en línea: https://www.facebook.com/ComunicacionEcuador/videos/391618175065088/?notif_id=1570414024929045¬if_t=live_video_explicit
- Zavaleta, René (2015). “Las masas en noviembre”. En: *La autodeterminación de las masas* (pp. 207-262). Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.